

UN CRONISTA FLAMENCO DE LA TARAHUMARA EN 1688:  
PETRUS THOMAS VAN HAMME

Por Luis GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Lázaro de Aspurz en su documentado estudio sobre “La Aportación Extranjera a las Misiones Españolas del Patronato Regio”<sup>1</sup> cita en la página 289 el nombre, o más bien el apellido de “Van Name” con una interrogación, indicando que fue un jesuita de la Provincia belga de Flandes, que en 1687 se embarcó para México. Este dato escueto lo apoya en un documento del Archivo General de Indias<sup>2</sup> y en una referencia a Huonder.<sup>3</sup> Por otra parte, el acucioso y fecundo historiador Francisco Zambrano, S. I., en su monumental “Diccionario Bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México”,<sup>4</sup> que alcanza ya nueve enjundiosos volúmenes, y aún no cubre la totalidad del siglo XVII, apenas si insinúa la existencia de este incansable viajero, atento observador que manejaba fecunda y amenamente la pluma. Y, por supuesto, no menciona la rica crónica, de valor histórico y etnográfico, que Van Hamme nos ha dejado sobre la Tarahumara de fines del siglo XVII, particularmente de la región de Papigochi y de sus alrededores.

Por estas razones estimamos importante dar a conocer este relato etnohistórico, traducido ahora directamente del flamenco, indicando los datos principales de la vida y viajes del autor, del contenido general de su corresponden-

<sup>1</sup> Aspurz, Lázaro de, *La aportación extranjera a las Misiones Españolas del Patronato Regio*, Madrid, Consejo de la Hispanidad, 336 pp.

<sup>2</sup> Archivo General de Indias, *Contratación* 5550.

<sup>3</sup> Huonder, Anton, S.I., *Deutsche Jesuitenmissionare des 17 und 18 Jahrhunderts*, Freiburg im Brisgau, Herder, 230 pp.

<sup>4</sup> Zambrano, Francisco, S.I., *Diccionario Bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, Monterrey, ITESM. México, Ius. Hasta la fecha van publicados 9 volúmenes. Respecto a Van Hamme dice lo siguiente: en el volumen VII, páginas 225 y 507, y en el volumen VIII, páginas 280 y 281, aduce una lista de misioneros que vinieron a México con Van Hamme, algunos de paso para las Islas Filipinas. Pero no da ningún otro dato, quizá reservándose para el volumen X u XI en el que saque su biografía.

cia europea y mexicana, y de lo que significa su crónica en el contexto general de la Tarahumara de ese tiempo.

### *I. El autor: vida y viajes (1651-1727)*

Petrus Thomas van Hamme nació el 25 de marzo de 1651 en Gante, Bélgica, el tercero de siete hermanos, hijos del matrimonio de Jacques van Hamme y María Magdalena de Meulemeester. Su padre trabajaba como sustituto del procurador general en el Consejo de Flandes, y su madre se dedicaba a los quehaceres del hogar. En su ciudad natal cursó nuestro cronista los primeros estudios y, de 1663 a 1669, completó el ciclo de las humanidades grecolatinas, entonces muy en boga en el currículum general de estudios, con los padres agustinos que regenteaban ahí un colegio. Al concluir las humanidades, se dirigió a Douai, donde, al cabo de dos años, se graduó de bachiller en filosofía, bajo la dirección de los jesuitas. Sin embargo su estancia en esa localidad se prolongó aún tres meses, que consagró a iniciarse en el Derecho, antes de regresar a Gante a estudiar matemáticas con un profesor particular.

El trato tenido con los jesuitas despertó en él su vocación a la Compañía de Jesús. Sin demora acudió al padre Lorenzo van Schoone, provincial de la región flamenca de Bélgica, quien le recibió el 24 de abril de 1672 en el noviciado de Malinas del que era rector el padre Luis de Camargo. Al concluir su noviciado, dos años después, con los votos perpetuos de religioso, pasó a enseñar los fundamentos del latín en el colegio de la ciudad de Halle (1674-1675), y a continuación, durante cuatro años, es decir hasta mediados de 1679, enseñó sucesivamente en el colegio de Brujas (Bruges) gramática, sintaxis, poesía y retórica latinas.

De 1679 a 1682 se dedicó a los estudios de teología en Lovaina, armonizando esta ocupación principal, con la catequética en la parroquia de San Quintín, y con el puesto de bibliotecario en la Facultad de Teología. Entre los años 1682 y 1683 cumple con la última etapa de sus estudios ascéticos, dedicado a lo que los jesuitas llaman la “Tercera Probación”, o sea un tiempo dedicado a hacer, como en el noviciado, durante un mes los “Ejercicios de San Ignacio”, a estudiar las constituciones de la Compañía de Jesús, y a llevar a cabo tres pruebas principales: enseñar el catecismo a los niños e ignorantes, servir en los oficios más humildes y repugnantes en los hospitales y peregrinar durante 30 días viviendo en ese tiempo de limosna y confiado íntegramente en la providencia de Dios. Este último año de vida ascética lo pasó en la población de Lier. Hago notar, además, que junto con estas actividades, Petrus

Thomas van Hamme nunca se desinteresó por los estudios físico-matemáticos y por la astronomía. Así sabemos que, entre 1680 y 1681, él observó desde Lovaina el famoso cometa que apareció entonces, y del que tenemos datos que igualmente lo estaban observando en Cádiz el famoso Eusebio Francisco Kino,<sup>5</sup> en México Carlos de Sigüenza y Góngora<sup>6</sup> y camino a la Tarahumara dos recién llegados, Johannes María Ratkay y Joseph Neumann.<sup>7</sup>

*Por tierras de Francia.* El 26 de abril de 1684 recibe Van Hamme la noticia de que el general de los jesuitas, Charles de Noyelle, lo destinaba como misionero para China. Van Hamme estaba entonces en Amberes, de donde presuroso se dirige a Malinas, Lovaina y Bruselas, antes de regresar a despedirse de sus familiares en Gante. Pasa con ellos unos días, y el 13 de julio parte de ahí, rumbo a Francia, en compañía del padre Couplet y de un chino conocido como el señor Miguel. El padre Couplet ya había estado en China, y regresaría nuevamente allá junto con el famoso padre Verbiest.

No deja de ser interesante indicar algunos rasgos sobre los medios de comunicación de entonces y sobre las costumbres de la época. Nuestros viajeros partieron, pues, rumbo a Iprés, haciendo escalas en su itinerario, en Meerelbeke, Audenaarde y Cortrijk. De Iprés se dirigieron, en un carruaje de cuatro caballos, hasta Dunkerque, de donde regresan, bajando al sur de Bélgica hasta Tournai, para cruzar luego la frontera y llegar a la población francesa de Douai. En estos recorridos han pasado ya más de un mes, y tras un corto descanso, el 19 de agosto prosiguen su camino hasta San Quintín, de donde continúan, por la carroza ordinaria, hasta París. Llegan ahí el 27 de agosto y van a prolongar su estancia hasta el 30 de septiembre, aprovechando ese tiempo en conocer la Ciudad Luz y sus alrededores, como el famoso Saint Denis,

<sup>5</sup> Kino, Eusebio Francisco, S. I., *Exposición astronómica del cometa que, el año 1680 por los meses de noviembre y diciembre, se ha visto en todo el mundo y lo ha observado en la ciudad de Cádiz el P. Eusebio Kino*, México, Francisco Rodríguez Lupercio.

<sup>6</sup> Sigüenza y Góngora, Carlos, *Libra astronómica y filosófica*. México, UNAM, 251 pp. El erudito historiador norteamericano Herbert E. Bolton, en la biografía de Kino, titulada *Rim of Christendom*, narra deliciosamente las discusiones y aun el conflicto que surgió entre Kino y Sigüenza a propósito de la interpretación de dicho cometa. Véanse las páginas 77-83 de dicha biografía.

<sup>7</sup> Ratkay, Johannes Maria, S. I., en una carta al P. Nicolaus Avancini, fechada a 25 de febrero 1681, y que escribe desde Yepómera en la Tarahumara, después de haber observado los movimientos del cometa cuando iba con Neumann rumbo a Chihuahua, dice: "Dejo la significación de este cometa a Dios, pero no puedo dejar de observar en él algo funesto para Europa occidental y para la monarquía española" (véase la recopilación de cartas en alemán de los jesuitas misioneros en la obra *Der neue Welt-Bott*, carta núm. 29, p. 84, publicada por Joseph Stocklein *et al*, en Augsburg, Gratz y Wien entre 1726 y 1758).

Montmartre y Versailles. Además se ocupan de algunas visitas de cortesía o de interés personal, como la que hicieron el 5 de septiembre al principal matemático del rey Luis XIV, un italiano, al que dos veces más –por razones matemáticas– vuelve a entrevistar Van Hamme. Acuden, también, a verse con el conde de Enghien, y el 15 de septiembre son recibidos en Versailles por el rey y toda su corte. Oyen misa en la capilla real, a la que asistieron también algunos obispos y cardenales, y acompañan después a su majestad en el banquete que ha ofrecido en su honor. Luis XIV les da una limosna para proseguir su viaje, los torna a invitar a su mesa, y, nuevamente en su honor, les muestra las maravillas de las fuentes y jardines de ese fastuoso palacio real. Por su parte nuestros viajeros entretienen a su majestad contándole historias y anécdotas de viajes y de China, y recitan, ante la admiración imperial, algunas oraciones en la misteriosa lengua de Confucio y tantos otros sabios chinos.

Las vacaciones parisinas llegan a su término y el día 30 de septiembre se embarcan rumbo a Auxerre muy de madrugada. Esa noche llegan a la ciudad, visitan su hermosa catedral gótica y otros puntos de interés general, amablemente relatados por Van Hamme, y agradecidos a los jesuitas del colegio que les dieron cálida hospitalidad, cuatro días después, prosiguen en coche de caballos su camino a Châlons-sur-Saône. Ahí pernoctan y al día siguiente se embarcan rumbo a Lyon en un recorrido fluvial de dos días, a donde llegan hacia el 10 de septiembre. Pasan una semana en dicha ciudad, visitando las instituciones educativas existentes, los principales edificios religiosos, las antiguas ruinas romanas, las famosas sederías, etcétera, y el 17 de ese mes salen en un vistoso carruaje, tirado por seis caballos, en dirección de Turín.

*Rumbo a Italia.* En la caprichosa geografía política de esos años,<sup>8</sup> en los que se sucedieron la paz de Nimega (1678-1679), el armisticio de Regensburg (1684) y los tratados de paz de Ryswijk (1697) y Karlowitz (1699), nuestros viajeros, antes de llegar a Roma, tuvieron que atravesar los ducados de Savoya, Milán, Parma y Módena, para finalmente entrar, por Bolonia, en los Estados Pontificios.

Dos días después de haber salido de Lyon, empezaron la hermosa travesía de los Alpes. El 19 de octubre de 1684 llegan a la pintoresca ciudad de Chamberry, perteneciente entonces al Ducado de Savoya, que por el norte llegaba hasta Ginebra –hoy Suiza–, y por el sur hasta Niza –actualmente Francia–. El 22 salen hacia Turín, sede de los duques de Savoya, del arzobis-

<sup>8</sup> Consúltese al respecto, por ejemplo, el *Crosser Historischer Weltatlas*, p. 132, publicado en München en 1957 por el doctor Josef Engel.

pado y de la universidad, a donde arriban tres días después, y donde permanecerán hasta el día primero de noviembre. Ahí visitan a sus altezas reales y a la corte, conversando en francés en su magnífico palacio. Visitan igualmente el centro universitario, confiado a los jesuitas, cuyo rector era el confesor de la duquesa, y finalmente pasan a venerar la “sábana santa” de Turín, que según la tradición, sirvió de túnica para envolver los restos mortales de Jesús de Nazaret.

El primero de noviembre salen rumbo a Milán, a donde llegan el día cuatro, fiesta de San Carlos Borromeo, patrono de la ciudad. Permanecen aquí diez días que aprovechan para conocer la ciudad, sus colegios, sus monumentos históricos y las personalidades del lugar. Entre otros, los recibe un general holandés, el conde de Louvigni, quien los invita a su mesa y los agasaja no sólo con exquisitos manjares, sino también con buena cerveza y excelente vino blanco. Finalmente parten el 15 de noviembre hacia Parma, Módena, Bolonia y Loreto, a donde llegan el 29. Ahí cumplen con sus devociones a la Santísima Virgen, y un compatriota de Van Hamme, el padre Papenbroeck, que residía en Loreto, les obsequia rosarios y medallas para sus futuros neófitos. El primero de diciembre tornan a ponerse en camino y llegan al fin a Roma la víspera de la fiesta de la Inmaculada Concepción.

*Peripecias romanas.* Apenas llegados a la ciudad eterna, Van Hamme se apresura los dos días siguientes a celebrar la misa en la recámara de San Ignacio, convertida en oratorio, y en la iglesia dedicada a su nombre. Poco después los recibe la reina de Suecia, que se encontraba entonces en Roma, y ulteriormente el padre general de los jesuitas, a la sazón Charles de Noyelle, con quien tratan lo relativo a su futuro viaje, como misioneros, a China. Se presentan algunas dificultades de tipo político-diplomático, y éstas se ventilan en enero de 1685 en una villa de las afueras de Roma, donde los recibe el cardenal d'Estrées, el embajador de Francia, el asistente jesuita de las provincias francesas, el de Portugal y otras personalidades. Estas dificultades provenían de dos capítulos: las reticencias de Portugal en concederles el pasaporte, y por otro lado el juramento y voto de obediencia que los obispos y cardenales pretendían imponer a los padres, contra todos los privilegios de la exención religiosa.

Mientras se solucionaban esos problemas, o al menos se llegaba a un acuerdo, Van Hamme se dedicó a visitar los venerables vestigios del cristianismo romano. Expresamente nos dice que fue a conocer las catacumbas y un sinnúmero de lugares en donde se exponían al culto de los fieles diversas reliquias del Antiguo y Nuevo Testamento, autenticadas por la fe o la credulidad de esos tiempos. Esto se entenderá mejor por lo que escribe. Dice, en efecto, haber visto la mesa de la última Cena, el Arca de la Alianza, aún en buen

estado, la columna del *ecce homo*, la Santa Cruz, el sudario de la Verónica, la vara con que Moisés hizo brotar las aguas en el desierto, y las cabezas de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

Es curioso e interesante hacer recalcar estos rasgos de ingenua religiosidad, que contrastan con otras actitudes mentales de un realismo insospechado, con una resistencia física increíble, y aun con ciertos dejos de estoicismo. Sin embargo no hay que juzgar los hechos y las mentalidades de otra época con criterios actuales, sino con actitudes coetáneas a esas situaciones. Por lo demás ésta, que nosotros juzgamos como actitud de ingenua religiosidad, no era excepción, sino fenómeno bastante generalizado; como lo era también la creencia en las influencias benévolas o maléficas de los cometas respecto a tal o cual monarquía europea en esos tiempos.<sup>9</sup>

Seis compañeros jesuitas de Van Hamme, de nacionalidad francesa, consiguieron finalmente partir rumbo a China, costeados su viaje por el poderoso rey de Francia Luis XIV; pero nuestro cronista no consiguió por entonces realizar sus anhelos. Entretanto, y pasadas las ceremonias de la semana santa, Van Hamme y Couplet fueron recibidos por el Papa, el 6 de junio de 1685. Un año más tarde, en abril 1686, Couplet salía finalmente de Roma a Portugal, para embarcarse ahí rumbo a su querida China. Van Hamme, en cambio, imposibilitado entonces para partir, a invitación del padre general Charles de Noyelle para que fuera de misionero a México, tras madura reflexión, decidió aceptar dicha propuesta.

*Preparativos para el viaje a México.* En febrero de 1686 quedó resuelto su viaje a México, después de ultimar detalles con los padres procuradores recién llegados para asistir a la congregación convocada por el general de los jesuitas.<sup>10</sup> Van Hamme fue recibido nuevamente por el Papa quien le otorgó su bendición para el largo viaje que le esperaba y para su futuro apostolado. En espera de dos jesuitas napolitanos, destinados también para México, y antes de aban-

<sup>9</sup> Véase la nota 7, lo que dice Ratkay al respecto.

<sup>10</sup> Cada seis años, y a veces cada nueve, se reunía en cada provincia religiosa de los jesuitas la "congregación provincial". La convocaba el padre provincial para discutir los problemas propios de su provincia con la participación de 40 profesos. Muchos asuntos deberían después tratarse en Roma, y a este fin se elegían tres "diputados" o "procuradores" que se reunían allá en "congregación de procuradores". Dichos procuradores trataban, además, otros asuntos de interés general para la Compañía de Jesús, y en particular los referentes al reclutamiento de voluntarios para las misiones, conocidos entonces como "indipetas". Se proponían sus nombres, con su currículum, al padre general para que él escogiera y destinara los sujetos a las diversas misiones de ultramar. Van Hamme se refiere casi seguramente a la congregación de procuradores que por última vez presidió el padre general Charles de Noyelle, en 1686, antes de la elección al año siguiente del padre general Tirso González.

donar Roma, Van Hamme escribió a su madre una larga carta, en la que le pedía toda una serie de objetos para su misión, que ella debería enviarle a Cádiz. Extractamos algunos datos curiosos de dicha misiva. Ante todo le pedía un libro llamado “recreaciones matemáticas”, algunos vasos y cubiertos, una guitarra o un violín, manteles y corporales para celebrar la misa, unos mapas, imágenes religiosas y profanas, por ejemplo de tipos de habitaciones y paisajes, anteojos, espejos y cuentas de vidrio; medallas y crucifijos; guantes, anuelos, relojes, y mil cosas más que le servirían a su futuro apostolado, para agasajar a sus neófitos, y para seguirse cultivando intelectualmente.

Sin embargo, aun destinado a México, Van Hamme no perdía las esperanzas de poder algún día ir a China, como lo dice en carta a su madre. Esto no quiere decir que fuera a regañadientes a México; su celo apostólico era muy profundo, y expresamente dice que prefiere mil veces ser misionero, a desempeñar aun los cargos más honrosos en Europa. Esta misma idea se encuentra en múltiples documentos contemporáneos en los candidatos al trabajo misional extra-europeo, conocidos en aquel entonces como “indipetas”, o sea los que pedían pasar a las Indias.<sup>11</sup>

Tras una estancia un tanto torturante respecto a su destino, que se prolongó 15 meses en Roma, el 1° de marzo de 1687 emprendió Van Hamme el largo viaje hacia tierras españolas. Se dirigió por Loreto a Bolonia y Florencia, y de ahí a Pisa y Livorno, donde se embarcó para Génova. Llegó a esta ciudad el día 20, y por distintas razones no pudo embarcarse sino hasta el 7 de junio en compañía de otros seis padres, destinados también a México. Al cabo de 10 días de navegación llegaron a Alicante; ahí permanecieron 4 días, y tornaron a enfilar la proa rumbo a Málaga. De ahí continuaron a Cádiz y a Sevilla, en donde se quedó hospedado en el famoso colegio de San Hermenegildo, en espera del fausto anuncio de la partida de la flota española de Indias. Finalmente zarparon el 10 de julio: la flota constaba de 23 embarcaciones, incluidas la Almiranta y la Capitana. El 10 de julio llegaron a las Islas Canarias, el 7 de agosto a la hoy famosa, aunque diminuta, isla de Anguila, el 8 a las islas Vírgenes y el 9 a Puerto Rico, en donde hicieron una escala de cuatro días. El día trece volvieron a hacerse a la vela, y dos días después, en plena alta mar, Van Hamme celebró su profesión religiosa. Prosiguiendo su ruta, con un encuentro furtivo de navíos sospechosos que no pudieron identificar, y tras una

<sup>11</sup> Acerca de los “indipetas”, o sea voluntarios jesuitas que deseaban pasar a las entonces llamadas Indias, se conservan estos datos interesantes en el archivo central de los jesuitas en Roma: existen 29 volúmenes de documentos respecto a dichos indipetas que totalizan 14,067 cartas enviadas por 6,167 sujetos que se ofrecían para las misiones.

noche tempestuosa a fines de mes y de una pesca abundante en los primeros días de septiembre, llegan por fin a Veracruz el día 17 de ese mes, totalizando su travesía 79 jornadas marinas.

Cuatro o cinco días de descanso en el puerto, y nuevamente se ponen en marcha hacia México, pasando por la Puebla de los Ángeles, en donde se permiten un corto refrigerio a sus fatigas. A la ciudad de México llegaron a comienzos de octubre, y su permanencia ahí va a durar hasta el 22 de noviembre, fecha en la que partirá Van Hamme a la Tarahumara, con destino a la misión llamada La Purísima Papigochi.

*En la ciudad de México. Estancia y expedición a la Tarahumara.* Acerca de la capital de Nueva España, estando aún en la península ibérica, se expresa así Van Hamme conforme a las informaciones que él tenía:

el pueblo de México y de sus alrededores es considerado como el más civilizado y desarrollado de toda América. Además de ciudades muy populosas tiene innumerables pueblos. Aunque el reino de México es muy grande, tiene algunos lugares deshabitados, y no todos sus habitantes son católicos. Tenemos ahí (los jesuitas) diversas misiones. Existen en México muchas minas de calidad; el chocolate abunda y es alimento común entre las personas de alguna condición (aun entre nuestros padres), que diariamente lo toman. La tierra es feraz y produce sabrosos frutos; el clima es cálido... Los padres españoles dicen que las mejores misiones que tiene el Rey de España están en México y en Chile... El Padre General me dejó en completa libertad para resolver (si iría a México o no), y no continuar incierto (respecto a China)...<sup>12</sup>

Ya estando Van Hamme en México, por propio testimonio, escribe lo siguiente respecto a la capital:

es la ciudad más poderosa, más rica y más grande de toda Nueva España, rodeada de lagunas por todas partes. Ahí llegan día a día más de sesenta mil personas a comprar y a vender sus productos. Toda la provincia toma su nombre de la de México, antiguamente llamada Temixtitan, sede del poderoso monarca Montezuma, y quien fue sujeto a la obediencia del emperador Carlos V por Hernán Cortés.

El 22 de noviembre de 1687 salió, finalmente, rumbo a Papigochi, en la Tarahumara, acompañado con toda probabilidad por el padre Villem Illing,

<sup>12</sup> La cita está tomada de C. P. Serrure, *Het Leven van Pater Petrus Thomas Van Hemme, Missionaris in Mexico en in China*. Gent, C. Annot-Braeckman XXIX-141 pp. La cita corresponde a las pp. 40-41.

S. I., de la Provincia de Bohemia, y destinado también a la Tarahumara. El itinerario que entonces solían hacer la mayoría de los viajeros, los llevó por Querétaro (30 de noviembre), San Luis de la Paz (7 de diciembre), San Luis Potosí (13), Zacatecas (21), Sombrerete (31), Guadiana (6 de enero de 1688), El Zape (24), Parral (2 de febrero), San Jerónimo Huejotitlan (8), Papigochi (21 de febrero 1688). Este recorrido, accidentado por muchos capítulos, totalizó tres meses menos un día, y una distancia, calculada diariamente, de unas 365 millas, o sea alrededor de 1,460 kilómetros.<sup>13</sup> La distancia promedio diaria que recorrían fue de unas 6 millas, tomando en cuenta las escalas, a veces de varios días, que hicieron en diferentes sitios, tanto para descansar ellos y conocer algunas localidades, como para que las mulas pudiera también reahacerse. En realidad fueron 62 días de viaje y 17 de descanso en total.

El espíritu fino y observador de Van Hamme se nota en los detalles con que va constelando su “diario” de expedición, desde que salió de su tierra natal. Durante este recorrido, de México a Tarahumara, indica por ejemplo, que Guanajuato es una ciudad rica en minas de plata y poblada de muchos españoles; algo parecido dice refiriéndose a Zacatecas. Adelante de Sombrerete nota la presencia de indios rebeldes y salvajes que habían robado dos manadas de caballos. Posiblemente se refiere a los indios *tobosos*, por lo que a continuación escribe:

Estos salvajes gozan comiendo la carne de mulas y caballos, y en su defecto la de vaca. Algunos sólo gustan comer la lengua de la vaca y nada más... Así, cuando se apoderan de algún español o de otra persona y la llevan consigo, le dan carne de venado, o de vaca y no carne de caballo o de mula, que se reservan para ellos mismos como una delicia. Y cuando en sus cacerías aciertan a flechar un venado, no comen su carne, a no ser constreñidos por la necesidad.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Respecto al modo de medir las distancias, Bandelier en la recopilación que hace de documentos del Archivo General de Indias, en tres volúmenes y que titula *Historical documents relating to New Mexico, Nueva Vizcaya and approaches there to*, publicada por el Instituto Carnegie de Washington entre 1923 y 1937, en el t. 1, p. 182 dice: “Una legua se compone de tres mil pasos de Salomón, que hacen cinco mil varas castellanas y tres millas que componen una legua”, es decir aproximadamente 4,190 metros. Véase también: Wistano L. Orozco, *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos*, México, El Tiempo, 1895, XIII-1151 pp., 2 vols. Véase pp. 738 y ss.

<sup>14</sup> Todos los datos parecen referirse a los Tobosos, que eran nómadas, asaltantes y aun antropófagos. Se les encontraba al este de Chihuahua y oeste de Coahuila, en el Bolsón de Mapimí, y en la zona que va de Durango a Parral. Se les considera como miembros de la familia lingüística Atapascana. Hacia fines del siglo XVII y comienzos del XVIII se logró concentrar algunos grupos en San Francisco de Conchos. En el Archivo General de Indias, sección *Guadalajara* 152, esta un expediente casi contemporáneo de esta crónica: “Expediente sobre los indios Tobosos y sus aliados: 1694-1698.”

Adelante de Guadiana nota la existencia de unas aguas termales muy sanas. Vuelven a topar con rumores de que los indios han causado la muerte de muchos españoles, y avanzan temerosos presintiendo peligro al no encontrar a nadie por esos caminos. Dichos indios –tobosos al parecer– suelen esconderse y sorprender a los caminantes, sobre quienes disparan velozmente sus flechas, sin darles tiempo a que puedan recargar sus espingardas o mosquetes.

Al llegar a la misión de Nuestra Señora de El Zape, en Durango, pernocan ahí, y Van Hamme se informa de la historia de la rebelión Tepehuana de 1616 en la que murieron ocho jesuitas y un franciscano, y se apoderaron de una estatua de la Santísima Virgen “a la que hirieron en la mejilla de un hachazo, con atrocidades que no es posible describir. Después arrojaron la estatua a un lado de la iglesia en un estanque de agua que se calentó tanto que si uno mete ahí las manos, apenas la puede soportar”.

A 6 millas de ahí se desbarrancó una de las mulas de Van Hamme unos veinte metros, y sin embargo pudo continuar su camino al día siguiente. Vuelven a encontrar vestigios de indios rebeldes que hacían peligrosas esas rutas, y que habían sembrado la muerte y la desolación en un poblado a 20 kilómetros de Parral, como lo probaban las cruces puestas en el techo de cada hogar victimado.

Van Hamme se acercaba a su misión Tarahumara. Al pasar por un case-río se informan que no lejos de ahí, a escasos 10 kilómetros, en la misión de San Jerónimo Huejotitlan había un misionero solitario y enfermo de gravedad. Aunque fuera un poco desviarse del camino, la caridad fraternal de Van Hamme lo lleva a auxiliar a su compañero de misiones, quien muere pocos días después. Se trataba del padre Juan Cordero. Por fin, el 21 de febrero de 1688 llega a La Purísima Papigochi, y en su alborozo y felicidad escribe: “Por la gracia de Dios he llegado a mi anhelada misión de Papigochi, de donde debe regresar a México el Padre que hasta ahora la atendía.”<sup>15</sup>

## II. *La Crónica de Papigochi*

Como la mayoría de los datos referentes a la vida y viajes de Van Hamme, los que a continuación presentamos están tomados de la biografía de nuestro

<sup>15</sup> Véase Serrure, *op. cit.*, p. 67.

cronista, publicada por C. P. Serrure el año de 1871 en Gante,<sup>16</sup> y basada íntegramente en la correspondencia, hasta entonces inédita de Van Hamme. El manuscrito original, todavía en 1728, o sea un año después de la muerte de Van Hamme en Pekín, estaba en poder de Robrecht-Willem Vander Heyden (La Bruyère, en francés). En 1807 pasó el escrito a poder de Carolus Gheerolffs, de Dendermonde, y posteriormente lo tuvo un señor Jan de Meyer, quien lo puso en venta en Gante el 2 de noviembre de 1869. En el catálogo de dicha venta de manuscritos, el erudito editor Ferdinand Vander Haegen, nota bajo el número 873: “Este viajero no es citado por ningún biógrafo. Su relación merecería publicarse.” Esto fue lo que hizo en 1871 C. P. Serrure.

La descripción de Papigochi y alrededores, traducida ahora por primera vez del flamenco, se encuentra en las páginas 68-76 de la edición de Serrure.

1. La misión de Papigochi está muy poblada de cristianos y gentiles. Además de la cabecera, consta de otros cuatro pueblos: Santo Tomás, Basuchic, Paquirachic y Mogoréachic; tres están a cuatro millás y uno a dos millas de distancia de Papigochi.<sup>16</sup>

En este pueblo los gentiles dieron muerte el 4 de junio de 1650 al reverendo padre Cornelio Beudin, flamenco, y su primer misionero, cuya cabeza se conserva con gran veneración en el noviciado de la Compañía en Malinas. Por ese tiempo, y a una milla de ahí, dieron los indios igualmente muerte a otro padre, cuya alma vieron salir de su cuerpo en forma de un hermoso niño.<sup>17</sup> Estos indios persistieron

<sup>16</sup> Las misiones jesuíticas de la Tarahumara tuvieron dos puntos de penetración: Por la parte de Chínipas hacia 1620, y por la región de Guadiana o Durango desde 1607. La sección meridional de Chihuahua, entre Parral y la ciudad de Chihuahua, se conocía como la *Tarahumara Baja* o Misión de la Natividad y abarcaba los puestos misionales de San Pablo, S. Jerónimo Huejotitlan, Santa Cruz, San Ignacio, San Xavier, San Felipe, Satebó, Santa María de las Cuevas, San Lorenzo y San Mateo. En su mayor parte quedaba fuera de la Sierra, y por eso también se le llamaba a veces la Tarahumara exterior. La sección inmediata al norte se llamó Misión de San Joaquín y Santa Ana, o *Tarahumara Baja*, abarcaba los puestos misionales de Carichí, Sisoguichi, Coyachi, Nonoaba, Norogachi, Temechi y *Papigochi*. Esta sección data de 1678. La siguiente sección, más septentrional aún, que se desmembró de la anterior, se conocía como Misión de Santa María de Guadalupe y comprendía los pueblos de Cocomórachí, Matachí, Yepómera, Cajurichi, Tutuaca, Santo Tomás, y Nuestra Señora de Aranzazu (véase Archivo Romano de la Compañía de Jesús, sección *Mexicana*, vol. 6, f. 16rv; y vol. 8, f. 325).

<sup>17</sup> El otro padre a que se refiere es Giacomo Antonio Basile, S. I. Nació en Bari, Italia hacia 1610; en 1630 entró de jesuita y en 1642 pasó a México de misionero y se puso a aprender el náhuatl para poderlos evangelizar mejor. En 1651 llegó a la Tarahumara, y fue muerto en Papigochi el 3 de marzo 1652 (véase la *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús* del padre Francisco Xavier Alegre, reeditada y anotada por los padres Ernest J. Burrus y Felix Zubillaga. Roma, 1956-1960, t. III, p. 220, nota 7). La *información jurídica* sobre las muertes de los padres Beudin y Basile se conserva en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús, sección *Mexicana*, vol. 17, pp. 250-270. En dicha información, en el folio 256v, textualmente dice un testigo, que

en su rebeldía hasta el mes de octubre de 1673, cuando se restauró esta misión de Papigochi.<sup>18</sup>

2. Papigochi está situada en América, a más de 320 millas de México. El invierno es muy templado y pocas las heladas. En verano debería hacer mucho calor, pero el Todopoderoso lo ha remediado con las lluvias casi diarias, desde mediados de junio hasta mediados de septiembre. Esta tierra abunda en montes opulentos por sus minas de plata, que trabajan afanosamente los españoles donde no hay indios hostiles. Durante el verano abundan los chapulines, verdes y grandes, que atrapan los niños, los guardan, y fritos, los comen con mucho apetito, desechando solamente las entrañas. Se dan también algunas plantas, sin sembrarlas, como en Holanda, que secadas al sol, se comen después y son muy sabrosas en cualquier tiempo del año.

3. En cuanto a las calabazas las conservan todo el año de la siguiente manera: cuando ya están bien maduras, las cortan en tiras delgadas, y atándolas unas a otras como si fuera una cuerda larga, las vuelven a asolear hasta que endurecen, y finalmente las colocan en el interior de sus chozas. Cuando desean comerlas, las ponen a cocer según su apetito, cocinándolas con manteca y chile, o bien disfrutándolas con huevos y con azúcar; en cuanto a su apariencia y sabor se parecen al pan blanco de Flandes, y proporcionan un buen alimento a los cristianos en los días de abstinencia y en la cuaresma, supliendo así también la escasez de pescado.

4. Algunos padres de las misiones situadas entre México y Papigochi, donde se dan árboles frutales, como duraznos y membrillos, ponen a secar estas frutas al horno, y las conservan ahí hasta que quieren cocerlas y comerlas; o bien las cortan en rebanadas y las ponen a secar, y luego las reblandecen en agua y las comen con azúcar o con chile. De este modo preparan muchas otras frutas y las conservan para tener siempre algo nuevo que comer. . .

5. Los habitantes de Papigochi no conocen el dinero ni la plata, pero algunos, al ver que los españoles todo lo consiguen con dinero, empiezan a conocerlo, y unos pocos a procurárselo. Entre ellos, que carecen de una multitud de cosas, el comercio se hace ordinariamente con juegos de apuesta que consideran como pequeñas monedas; por un juego ganado dan un huevo, por ocho un gallo o una gallina; por un cuchillo dan un borrego; por una hacha de acero dan una vaca y algunas veces un caballo y aun alguna otra cosa según sea la gente que se presenta.

6. Los Papigochenses son como los demás habitantes de la región, llamados Tarahumares, flojos e indolentes,<sup>19</sup> sólo siembran frijoles, calabazas y trigo indio,

muerto el padre Basilio, oyeron decir a los indios que “le auía salido por la voca un niño muy hermoso, y se auía subido al cielo, y que esto corría entre ellos y era común opinión...”

<sup>18</sup> La misión de La Purísima Papigochi la fundó el padre Cornelio Beudin a fines de 1649. Beudin nació en Gravelines, cerca de Dunkerque el 25 de noviembre 1615. Entró en la Provincia Flandro-Belga de los jesuitas el 19 de marzo 1635, y el 13 de julio 1647 se embarcó para México. Su destino era la Tarahumara, y primero estuvo en la misión de San Felipe, y posteriormente en Papigochi, cerca de la Villa de Aguilar fundada por el gobernador de Nueva Vizcaya, Diego Guajardo Fajardo casi simultáneamente. El 4 de junio 1650, vispera de Pentecostés, fue muerto Beudin por los Tarahumares (véanse citas de la nota 17).

llamado ahí maíz y en Holanda trigo de Turquía.<sup>20</sup> No plantan ningún frutal. Tienen caballos vacas, borregos y gallinas.<sup>21</sup> Acostumbran tasajear la carne de vaca, en tiras gruesas como un dedo y a manera de cuerdas, que cuelgan hasta que están perfectamente secas, y luego conservan el tiempo necesario y poco a poco las van consumiendo. De hecho comen poca carne, sobre todo liebres y venados que cazan a flechazos.

7. Crece ahí una yerba cuya raíz machacan y arrojan al agua de los riachuelos; al desparramarse esta raíz por el agua que corre, los peces se hinchan o se embozzan. Al día siguiente llegan los Tarahumares a coger con la mano los pecesillos que flotan y se los comen, o algunas veces los abren por en medio y los ponen a secar al sol, a fin de conservarlos, del mismo modo que en Holanda se conserva el pescado. Tienen, además, muchas hierbas medicinales, que no se conocen en Europa, y que utilizan como diferentes remedios en sus enfermedades y dolores.<sup>22</sup>

<sup>19</sup> La idea de que los Tarahumares eran flojos e indolentes, se encuentra en otros documentos misioneros de la época, junto con otros puntos de vista encomiosos para esos indígenas, que equilibran una apreciación que pudiera ser unilateral o peyorativa. Véanse por ejemplo los juicios de Neumann en su obra *Revoltes des indiens Tarahumars*, traducida, anotada y con una biografía de Neumann por el doctor Luis González R., París, Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1969, pp. 11, 13, 15, 19, 25, 26, nota 13; 27, 126-127, nota 169, etcétera.

<sup>20</sup> El maíz se pensaba antiguamente que era originario de Turquía. Por eso se le llama aun hoy día en algunas regiones europeas de Italia, Francia, Países Bajos, etcétera, "grano de Turquía", "trigo de Turquía", etcétera. Neumann así le llama en la obra antes citada y en su epistolario. El famoso Mathaus Steffel, S. I., a quien tocó el destierro de la Tarahumara en 1767, habla también del "trigo de Turquía" y de los platillos que con él preparaban los Tarahumares, en su interesante diccionario etnográfico Alemán-Tarahumar y Tarahumar-Alemán.

<sup>21</sup> Sobre la introducción de animales domésticos en la Tarahumara, aunque no se ha hecho un estudio económico y de aculturación al respecto, que sería muy de desear, se pueden indicar algunos elementos. Una carta del padre Juan Bautista Anzieta, fechada en Sinaloa a 20 de marzo de 1683 y dirigida al padre provincial de México Bernardo Pardo, habla de un envío de reses a la Tarahumara, donde casi no había ganado entonces. En total contribuyeron las misiones jesuíticas de Cucurpe, Arizpe, Oposura, Sahuaripa, Aribechi y Guázabas con 2 500 reses para las misiones de "Tarahumares Nuevos" o sea Tarahumara Alta (véase Archivo Romano, S. 1., sección *Mexicana*, vol. 17, ff. 506-507v.) Por otro lado, Neumann que llegó a la Tarahumara en 1681 confirma lo anterior diciendo que los Tarahumares casi no tenían ganado bovino, pero sí poseían caballos, borregos y gallinas. Puede consultarse con provecho la introducción histórica que presenta Pennington en su libro *The Tarahumars of Mexico*, publicado recientemente por la Universidad de Utah.

<sup>22</sup> Lo más completo y actualizado sobre la farmacopea Tarahumara se encuentra catalogado en el libro de Pennington que indico en la nota anterior. Sin embargo me llama la atención que Pennington ni siquiera mencione la obra de Juan de Esteyneffer, S. I. (Steinhoffer), titulada *Florilegio medicinal...*, cuya primera edición se hizo en México en 1712, aprobado por la Facultad de Medicina de la Universidad de México. Steinhoffer era oriundo de Iglau en Moravia, donde nació el 7 de marzo de 1664. En 1686 entró con los jesuitas como hermano coadjutor, y desde entonces se preocupaba por servir de enfermero y médico entre los indígenas, con una auténtica mentalidad de servicio social. Y prefería esta labor a la del mismo sacerdocio que da a entender le propusieron. En 1692 se embarcó para México y trabajó en las misiones del noroeste. Murió en Sonora el 2 de abril de 1716 (véase Neumann, *op. cit.* pp. 75, 150-154).

Crían borregos con cuya lana hacen su indumentaria. Andan decentemente vestidos, sobre todo las mujeres y las jovencitas los niños, en cambio, andan más bien desnudos hasta la edad de doce años.

9. Son obtusos y bárbaros. Antes de que los padres les anunciaran el Evangelio, no veneraban ni a Dios ni a ídolos, pero tenían hechiceros y hechiceras con lo que ocurrían múltiples supersticiones.<sup>23</sup> No castigan a sus hijos cuando se portan mal; y por esto han dicho bien claramente a los padres que no pueden llamar bueno a Dios, puesto que castiga a los hombres malos, y ellos piensan que Dios no debe castigar.

10. Dan a sus hijos nombres de animales o de otros objetos con los que tengan algún parecido. Aun los cristianos llaman muy poco a sus hijos con el nombre de bautismo, y se han encontrado viejos que dicen estar bautizados sus hijos, pero que no sabían con qué nombre.<sup>24</sup> En una palabra es gente tonta y perezosa, principalmente en lo que se refiere a las cosas del espíritu. Por esto consuela mucho a los misioneros el ver que muchos niños inocentes mueran bautizados y vayan al cielo.<sup>25</sup>

11. Los paganos entierran a sus muertos con sus vestidos, cuchillos, palas, arco y flechas, con todos los instrumentos que solían usar, y también con algo de alimento.<sup>26</sup>

12. Antes de la llegada de los españoles, los Tarahumares no acostumbraban jurar ni robar; pero ahora juran y roban vacas y caballos, y los ladrones no parecen atemorizarse, y aunque dejen cerradas sus casas, cualquiera las puede abrir. Cuando no hay nadie en la casa, colocan un palo a la entrada, o cuelgan una piel para ahuyentar a los perros. Sus casas son pequeñas, hechas de ladrillos no cocidos (adobes), secados al sol, y carecen de ventanas; la entrada es tan pequeña que solo reptando se puede entrar a la casa, como tuve que hacerlo muchas veces al ir a visitar enfermos. Sin embargo, tanto en invierno como en tiempo de aguas suelen dormir en el exterior de la casa, sobre un petate, y raras veces duermen en el inte-

<sup>23</sup> Acerca de las creencias de los Tarahumares, además de la obra de Neumann citada anteriormente, puede consultarse una relación inédita de Ratkay, fechada en Carichí a 20 de marzo 1683. Se encuentra en la sección *Mexicana* antes mencionada, vol. 17, ff. 494-505v.

<sup>24</sup> En la época a que se refiere Van Hamme los Tarahumares no bautizados tenían nombres o de animales, o de alguna característica corporal sobresaliente, o de alguna aptitud u oficio. Así conocemos algunos nombres como: murciélago, el visco, el hachero, etcétera, al que añadían como apellido un toponímico.

<sup>25</sup> Este pensamiento es común en los misioneros y aun en los administradores coloniales de aquellos tiempos. Principalmente esto valía para los niños bautizados que en su inocencia se van al cielo; pero también hay ejemplos de que lo aplicaban a algunos viejos, y que era mejor para ellos morir bautizados para salvarse y no seguir viviendo en los vicios o en la rebelión.

<sup>26</sup> La costumbre de enterrar a los muertos con sus utensilios de trabajo y con alimento, principalmente con pinole, perdura aún entre los Tarahumares. Ellos dicen que el que muere “traspone la montaña” como los astros y emprende un largo camino, para el que necesita alimentarse y para el que le serán útiles sus instrumentos de trabajo. Ese largo camino conduce a otra vida de felicidad, que describen con rasgos poéticos y pintorescos, de casitas blancas y cielo azul, de hermosos sembrados de maíz, etcétera.

rior. Cuando alguien muere en una casa, los paganos la abandonan y construyen otra.<sup>27</sup>

13. Si alguno encuentra a otro comiendo, y desea a su vez comer, puede hacerlo sin la menor ceremonia o excusa, sin apresurarse y sin que nadie lo haya presentado de antemano. Si alguno necesita un caballo, algunas veces lo solicita a otro, y en otras ocasiones lo utiliza sin pedirlo; cuando el dueño se da cuenta de que se han llevado su caballo, lo sigue aun muy lejos; y una vez que ha utilizado el caballo el que lo cogió, el dueño lo regresa a su casa sin decir palabra.

14. Son muy inclinados a la embriaguez con una bebida que hacen de maíz o trigo turco al modo como se prepara la cerveza. Con esta bebida se emborrachan provocando muchos pleitos, matándose como perros, y cometiendo muchas maldades e indecencias.<sup>28</sup> Cuando no están borrachos, son pacíficos y no se pelean; pero todo lo echa a perder la embriaguez. Por esto los padres misioneros se preocupan mucho en desterrar tales pecados, aunque vanamente, ya que se van a esconder a bosques y montañas para vivir más libres y sin estorbos.

15. Cuando hacen la guerra a otra nación y dan muerte al enemigo, le quitan la parte superior de la cabeza, o el cráneo con la cabellera, y aun algunas veces las manos del muerto, que llevan hasta sus pueblos. Ahí celebran con cantos al enemigo muerto, y luego se ponen a bailar toda la noche en torno a la calavera y las manos, remedando las acciones del enemigo vivo o luchando, según solía hacerlas. De tiempo en tiempo en medio de sus danzas, se ponen a descansar y a beber. En más de una ocasión los misioneros trataron de desechar tales costumbres, sin borrarlo ni aun entre los Tarahumares cristianos, quienes para tales ocasiones se iban a esconder a los montes y bosques, donde pasaban las noches danzando.<sup>29</sup>

<sup>27</sup> Igualmente la costumbre de abandonar la casa cuando muere uno, o de quemarla junto con todo lo que pertenecía al difunto, y de construir en otro sitio el nuevo hogar, persiste hasta la fecha en algunas localidades, pero tiende prácticamente a desaparecer. Pennington ha recopilado algunos datos al respecto en el capítulo en que habla de las habitaciones tarahumaras. Los datos etnohistóricos sobre este hecho abundan. Véase por ejemplo el diccionario de Steffel, bajo las palabras *Bauen* (construir) y *Sterben* (morir): "Wenn ein Tarahumar stirbt wird seine Hütte ganz eingerissen und von neuen wieder aufgebaut, doch so, dass die innern Wände hinaus und die aussen hinein gewendet werden. Es ist dieser Gebrauch nicht sowohl ein Aberglauben, als eine obwol unnutze Sorgfalt für die Gesundheit der Lebenden."

<sup>28</sup> Todos los documentos misioneros, civiles, militares, etcétera, concuerdan en que las "tesguinadas", o sea las borracheras colectivas de los Tarahumares en las que beben maíz fermentado, que ellos llaman *batarí* o *suguiki* y los mestizos tesguino. Hay anécdotas muy pintorescas de algunos misioneros que se disfrazaron de Tarahumares para hacerse pasar como participantes en la borrachera nocturna, y que se desenmascararon tirando toda la bebida ante el estupor de los indios. Neumann en una de sus relaciones cuenta algo parecido, lo mismo que Tardá y Guadalajara en un interesante diario misional que abarca de 1673 a 1675. Véase Archivo Romano, S. 1., sección *Mexicana*, vol. 17, ff. 46-109. Estas apreciaciones son de tipo ético-religioso, y no toman en cuenta otros valores sociológicos que están implicados en las tesguinadas. Este punto de vista lo trata John G. Kennedy en su artículo *Tesguino Complex: The role of beer in Tarahumara culture*, publicado en *American Anthropologist*, 1963, 620-640 pp.

<sup>29</sup> Los Tarahumares en aquella época pasaban las noches danzando en el bosque, como lo indica Van Hamme. En la actualidad lo siguen haciendo también en algunas ocasiones festivas,

16. Esta nación y algunas otras poseen una hierba con la que untan las puntas de sus flechas cuando van a la guerra. Cuando alguno es herido con tales flechas, su muerte es segura a menos que tenga a mano el remedio, que consiste en la raíz de otra yerba, que, en tiempos de guerra, siempre llevan consigo. Tan pronto como una flecha enemiga les hiere, se raspan inmediatamente, muerden la raíz y con la saliva frotan la herida, y al instante se sienten aliviados. Estas dos yerbas contrarias las conocen casi todos los indios cristianos; y cuando muchas otras naciones salvajes o aún no subyugadas, no conocen estas yerbas, y combaten a los indios bautizados, esto resulta en ventaja para los cristianos que derrotan a sus enemigos y cantan victoria.<sup>30</sup>

17. Algunas naciones bárbaras y salvajes, que no distan mucho de Papigochi, no tienen casas, sino viven y duermen como los animales salvajes a cielo descubierto. Andan desnudos llevando en la mano el arco y la flecha con los que cazan liebres, venados y otros animales, y aun algunas veces al hombre. Su platillo favorito son las mulas, y en segundo lugar la carne de caballo en su defecto, la carne de vaca o la del animal que atrapan con sus flechas. No siembran maíz o trigo turco, ni otra cosa alguna; la carne por lo general la comen cruda, y cuando ya no tienen que comer, dejan a sus mujeres e hijos entre los montes y se alejan a robar de noche, o a la luz de la luna, mulas, caballos y vacas acostumbrando matar a todo ser humano que encuentren en su camino. Van en tal cantidad a estas expediciones que dan la impresión de ser un ejército, y llevan consigo carne seca en tasajos que, reblandecen en agua y les sirve de alimento y bebida para apagar su hambre y su sed. De este modo han saqueado algunas veces los pueblos cristianos, y por esto están siempre en guerra contra ellos y siempre bien armados.<sup>31</sup>

18. Antes de que estos hombres salvajes conocieran el dinero, hacían el comercio de trueque: por un cuchillo u otro objeto de fierro que en Holanda no costaría casi

y además en las festividades religiosas católicas pernoctan junto a la misión y veneran a sus santos patronos con danzas. Para el Tarahumar la danza tiene un profundo sentido religioso de imprecación, de acción de gracias, de perdón, etcétera. Lumholtz en su famosa obra *Unknown Mexico*, publicada en New York en 1902, dedica el capítulo XIX a hablar de las danzas tarahumaras y menciona ocho danzas diferentes: el *tutuguri*, el *yamari*, la *pascola*, los *matachines*, el *warixtwami*, el *kiwari*, el *ayena* y el *yo'e'*. Ver pp. 330-355.

<sup>30</sup> Acerca de las yerbas con que envenenaban sus flechas y de sus antidotos, me encontré este interesante texto, en el Archivo General de Indias, sección *Guadalajara*, 156. ff. 379v, 576: “La contra del beneno era la sangría, safar en la parte de la herida y aplicar la yerba de la coronilla, que llaman de la bibora, y hecha polbo en las heridas y safaduras. Y de esta forma ha querido Dios hayan escapado nuestros heridos y también diez amigos...” Este texto se refiere al combate de Sisoguichi, en la Tarahumara, que tuvo lugar entre españoles e indios aliados contra los Tarahumares rebeldes el 24 de junio de 1697. Sobre la acción de las flechas emponzoñadas Neumann tiene un texto significativo y conciso: “El veneno con el que los indios untan sus flechas es tan peligroso, que la menor lesión en cualquier parte del cuerpo se hace mortal en el lapso de cuatro horas al cundir el veneno por todo el organismo, a menos que se aplique al punto sobre la herida una yerba o su raíz, conocida en estas regiones” (véase Neumann, *op. cit.*, p. 91, nota 85).

<sup>31</sup> Las armas de los Tarahumares han sido siempre el arco y la flecha envenenada.

nada, ellos daban un borrego; por una hacha o una pala daban un caballo o una vaca; por una pieza de vajilla o por un sombrero daban un caballo; por una chuchería daban una gallina; y es de notarse que daban tres pares de gallinas cocidas por pequeños objetos que les servían a ellos de moneda, y también para pescar.

La crónica de Van Hamme sobre los "tarahumares" de Papigochi, en la que incluye algunos otros datos, que posiblemente se refieren a los tobosos, termina con esos datos sobre el comercio de entonces. Para completar la biografía de nuestro autor, añadimos las siguientes noticias:

Al mes de haber llegado a Papigochi había ya bautizado 26 niños. Algunos adultos, hombres y mujeres, querían también bautizarse, pero Van Hamme prefería no bautizarlos hasta que no estuvieran bien instruidos. Poco tiempo después llevó a sus cristianos y a los de otros poblados de misión a combatir contra los gentiles salvajes, donde reportó una gloriosa victoria. ¡Aquellos eran buenos comienzos! Deseaba servir durante muchos años esta misión, regada con la sangre de los mártires, por cuyos méritos quería permanecer en esa viña del Señor, atrayendo a los gentiles al regazo de la iglesia para la mayor gloria de Dios. Sin embargo, al cabo de 10 meses de misionar Papigochi, durante los cuales atrajo amorosamente a la fe a muchos paganos, recibió una carta del padre general, desde Roma, en la que le comunicaba su destino a China. Como hombre religioso y obediente, sin protestar en nada, volvió a recorrer esos caminos largos y peligrosos a fines de noviembre o principios de diciembre 1688. Llegó a la capital el 16 de marzo de 1689. Dos días después continuó hasta Acapulco, a donde llegó el día 28 para embarcarse el 31 en compañía de 8 misioneros de las Filipinas y el Extremo Oriente. El 6 de junio llegó a las Islas Marianas. Para el día 28 ya bogaba de nuevo rumbo a las Filipinas, y ese día, desde el barco en alta mar, escribe a su madre:

En la misión de Papigochi, en donde pasé diez meses entre gentes bárbaras, mi mayor consuelo era pensar que habían martirizado a dos Padres, uno de los Países Bajos... y otro de Italia. Y aunque he deseado para mí tal género de muerte, como coronamiento a mis trabajos, reconozco que no he merecido una dicha tan grande, y pocas esperanzas tengo de alcanzarla...<sup>32</sup>

El 8 de julio llegó a Manila, donde permanecerá durante dos meses. El 24 de septiembre se embarca hacia Cantón, distante 30 millas de Macao, y llega finalmente el 9 de diciembre, demorado en su navegación por vientos contra-

<sup>32</sup> Véase Serrure, *op. cit.*, pp. 78-79.

rios. Poco después le destinan a una misión distante 200 millas de ahí, y en abril 1691 le envían a Nankín, antigua capital del imperio, y pocos días después llega a Vu-Cham-Fu a más de 150 kilómetros de Nankín. Ahí se ocuparía, junto con otro misionero, de los cristianos dispersos en esa región.

Hacia julio de 1692 recibió Van Hamme cartas de México, por las que se enteró que los “tarahumares” se habían rebelado poco después de su partida, y que habían dado muerte a dos misioneros <sup>33</sup> e incendiado su querida misión de Papigochi. Ante tales noticias exclamó: “Dios me llamó de ahí y me envió a China, porque no era digno de una muerte tan gloriosa y para ayudar a muchas otras almas y hacer a mis amigos partícipes de mis méritos.” <sup>34</sup>

En octubre de 1701 su superior le ordenó pasar a Pekín, de cuyo colegio le había nombrado rector el padre general. En esa imperial ciudad moriría 26 años más tarde, en 1727, nuestro desconocido cronista de la Tarahumara, Petrus Thomas van Hamme.

<sup>33</sup> Los dos misioneros a que se refiere Van Hamme eran los padres Diego Ortiz de Foronda y Manuel Sánchez muertos por los indios sublevados, el primero en Yepómera el 28 de marzo de 1690, y el segundo entre Tutuaca y Maicoba a principios de abril 1690. Se conservan las actas de guerra y las investigaciones hechas para identificar a los asesinos Conchos, Tarahumares y Pimas (véase Neumann, *op. cit.*, pp. 39-41, notas 10 y 12).

<sup>34</sup> Véase Serrure, *op. cit.*, pp. 100-101.